

Capítulo I

EL MOTIVO DE MI RELATO ☞ MI NACIMIENTO ☞ MI
MADRE Y EL VIEJO CANOSO ☞ NUESTRA CASA ☞ EL
VALLE EN EL QUE ME CRIÉ ☞ LAS PENALIDADES DE LOS
GAÉLICOS DE ANTAÑO

Estoy refiriendo cuanto hay en este documento porque la otra vida se me acerca rápidamente —que esté bien lejos de nosotros el mal y que el Diablo no me tome por su hermano—, y también porque nunca habrá nadie como nosotros.¹ Es beneficioso y útil que pueda llegar a los que vengan detrás nuestro alguna información sobre las *diversiones* y las *aventuras* de nuestro tiempo, puesto que nunca más habrá nadie igual a nosotros ni habrá otra forma de vida en Irlanda comparable a aquella vida nuestra de la que ya nada queda.

Ó Cúnasa es mi apellido gaélico. Bonaparte es mi nombre y la mismísima Irlanda es mi patria.

¹ *Porque nunca habrá nadie como nosotros* es una frase que aparece muy a menudo a lo largo de la obra, y está tomada de la autobiografía de T. Ó Criomhain *El isleño*, piedra fundacional de la narrativa irlandesa del siglo xx. O'Brien la emplea con intención de satirizar la visión estereotipada de Irlanda que aparece en ese y otros libros. Lo mismo sucede con otros clichés que se repiten en la novela, como «en el fondo de la casa», «un niño entre cenizas», etc. (*N. del T.*)

La verdad es que no recuerdo el día en que nací ni nada de los seis primeros meses que pasé aquí en este mundo, pero a buen seguro ya estaba vivo en esa época aunque no tenga un solo recuerdo de ella, pues yo no existiría ahora si no hubiera existido ya en aquel entonces, y es que a las personas, como a todas las demás criaturas, el entendimiento les llega poco a poco.

La noche anterior a mi nacimiento, sucedió que mi padre y Máirtín Ó Bánasa estaban sentados en lo alto del gallinero examinando el cielo, tratando de prever el tiempo y hablando honesta y decentemente de las dificultades de la vida.

—Bueno Máirtín, dijo mi padre, hay viento del norte y las Montañas Blancas tienen muy mal aspecto; habrá lluvia antes de que amanezca y tendremos una maldita noche de tormenta que nos hará temblar aunque estemos metidos en nuestras camas. Y mira, ¿no es mala señal que estén los patos entre las ortigas? Horrores y desgracias caerán sobre el mundo esta noche, el Gato de Mar² rondará en la oscuridad y, si no ando errado, ninguno de los dos volverá a tener buena estrella.

—Vaya, Miguel Ángel, dijo Máirtín Ó Bánasa, no es poca cosa lo que dices, y si estás en lo cierto no es mentira lo que has dicho, sino la pura verdad.

En medio de esa noche fue cuando yo nací en el fondo de la casa. Mi padre no me esperaba en absoluto, pues era una persona decente poco familiarizada con las reglas de la vida. Mi pequeña

² *Gato de Mar* (en irlandés, *cat mara*): expresión que significa calamidad y desgracia. Aquí toma forma de monstruo. (*N. del T.*)

cabeza calva le causó tal sorpresa que por poco no abandonó la vida justo en el mismo instante en que yo hacía mi entrada en ella y, aun así, fue desastroso y perjudicial para él no haberse marchado, pues no tuvo desde aquella noche más que siempre pesares, roto y desgarrado por la vida y sin un resto de salud en tanto que duró su existencia. También decía la gente que mi madre no me esperaba, y la verdad es que hasta se murmuraba que no había sido mi madre la que me había tenido, sino alguna otra mujer. Pero, hasta cierto punto, todo eso no eran más que habladurías de los vecinos, que no pueden darse por ciertas porque ya todos los vecinos han dejado este mundo y porque nunca habrá nadie como ellos. No puse la vista sobre mi padre hasta que fui bastante mayor, pero eso ya es otra historia que contaré más adelante en este escrito.

Fue en el oeste de Irlanda donde nació esa terrible noche de invierno —estemos todos sanos y salvos— en el lugar que se llama Corca Dorcha y en el distrito llamado Lios na bPráiscín. Nací con muy poca edad —ni siquiera había cumplido un día—; hasta pasado medio año no comprendí nada de mi entorno ni pude distinguir a unas personas de otras. Pero la inteligencia y el entendimiento llegan a su paso, lenta e imperceptiblemente, a cada criatura; y ese año lo pasé tumbado sobre mis espaldas, posando la vista aquí y allá en todo lo que tenía a mi alrededor. Sentía a mi madre ante mí en la casa, una mujer ancha, afable y huesuda, una mujer taciturna, arisca y de voluminosos pechos. Rara vez me hablaba y a menudo me pegaba con dureza cuando yo berreaba en el fondo de la casa, aunque pegarme era un mal remedio contra el

alboroto, pues el segundo alboroto era bastante peor que el primero y, si recibía otra azotaina más, el tercer alboroto era aún peor que los anteriores. Con todo, mi madre era sensata y juiciosa y estaba bien alimentada, y es seguro que nunca habrá nadie como ella. Se pasaba la vida limpiando la casa, barriendo el estiércol de vacas y cerdos de delante de la puerta, batiendo mantequilla y ordeñando a las vacas, hilando y cardando la lana y haciendo girar la rueca, rezando, maldiciendo y encendiendo grandes fuegos en los que cocer montones de patatas para los días de escasez.

Había otra persona ante mí en la casa, un viejo encorvado que se inclinaba sobre un bastón, invisibles la mitad de su cara y su pecho al completo porque una barba descuidada y de color gris lana los cubría; la pequeña parte de su cara que estaba libre de esa pelambre era morena, recia y arrugada como el cuero, y tenía dos ojos sagaces y sinceros que observaban el mundo exterior con la agudeza de una aguja. Siempre lo conocí por el nombre de Viejo Canoso. Habitaba en nuestra casa y a menudo él y mi madre no eran de la misma opinión y, caramba, era increíble las muchas patatas que devoraba, la mucha conversación que de él salía y lo poco que hacía en la casa. Al principio, siendo yo pequeño, pensaba que era mi padre. Recuerdo una noche que estaba sentado en su compañía, los dos mirando apaciblemente la masa roja del fuego, sobre el cual mi madre había puesto una olla grande como un barril con patatas para los cerdos; ella por su parte estaba tranquilamente en el fondo de la casa. Y resulta que el calor del fuego me estaba asando, pero aún no sabía andar

en aquel tiempo y no tenía forma de escapar del calor por mí mismo. El Viejo me guiñó un ojo y exclamó:

—Hace calor, hijo.

—La verdad es que este fuego achicharra —le respondí—, pero fíjese, caballero: es la primera vez que me llama hijo. No hay peligro en afirmar que es usted mi padre y que yo soy su hijo, que Dios nos libre del mal y esté lejos de nosotros el demonio.

—Estás equivocado, Bonaparte —dijo él— porque lo que yo soy es tu abuelo. Tu padre está lejos de casa en este momento, pero estos son su nombre y su apellido en el sitio en el que está: Miguel Ángel Ó Cúnasa.

—¿Y dónde está?

—Está a la sombra —respondió el Viejo.

A la sazón no contaba más que diez meses de vida y no dije entonces ni pío, pero tan pronto como tuve ocasión salí a la sombra a buscarlo. Allí no había ni sombra de mi padre. Pasó largo tiempo hasta que comprendí lo que había dicho el Viejo Canoso; pero eso ya es otra historia que contaré más adelante en este escrito.

Hay otro día de mi niñez que permanece nítido en mi memoria que se presta a ser narrado. Estaba yo sentado en el suelo sin poder todavía andar ni tenerme en pie, contemplando cómo mi madre barría la casa y se esmeraba en componer el fuego del hogar con las tenazas. El Viejo llegó del campo y se la quedó mirando hasta que ella hubo terminado su labor.

—Mujer —dijo él— ten en cuenta que esa faena que estás realizando es perjudicial e impropia,

y puedes estar segura de que ni provecho ni buenas enseñanzas obtendrá de ella la persona que tiene su trasero en el suelo de nuestra casa.

—Dulces me son cada palabra y casi cada sonido tuyos —contestó mi madre sardónicamente—, pero la verdad es que no entiendo lo que dices.

—Pues bien —replicó el Viejo— siendo yo un simple mocoso, era (como es manifiesto para quien haya leído los buenos libros gaélicos) un niño entre cenizas. Has devuelto todas las cenizas de la casa al fuego o las has barrido a la calle, y no queda ni pizca para que el pobre crío que está en el suelo —me señaló con el dedo— pueda estar entre ellas, y su formación y crianza serán anormales y antinaturales si no tiene experiencia alguna de las cenizas. Es por eso, mujer, que es una vergüenza que no dejes la chimenea toda llena de cenizas y suciedad tal y como la deja el fuego.

—Muy bien —dijo mi madre—, es cierto lo que dices, aunque rara vez te acompaña la razón, y con gusto volveré a poner en la chimenea todo cuanto he barrido.

Y lo hizo. Cogió del camino un cubo lleno de lodo, estiércol, cenizas y excrementos de gallina y lo llevó adentro, arrojándolo alegremente frente a mí junto al hogar. Cuando todo estuvo dispuesto, me acerqué al fuego y durante cinco horas fui un niño entre cenizas, un mocoso criado según la antigua tradición gaélica. Finalmente a media noche me levantaron y me llevaron a la cama, pero de aquella chimenea me quedó una pestilencia que duró una semana; era un olor rancio y putrefacto, y confío en que nunca haya otro como él.

Vivíamos en una casa pequeña, encalada y poco saludable, situada en un rincón del valle a mano derecha según se va al este por el camino. No cabe duda de que ni mi padre ni ningún antepasado suyo había construido y emplazado allí la casa, y no se sabe por tanto si fue dios, demonio u hombre el que primero levantó los toscos muros de adobe medio derruidos; si hubiera cien rincones en el valle, habría una pequeña cabaña encalada en cada uno de ellos, sin que tampoco se supiera quién la había levantado. Siempre fue el perpetuo destino de los verdaderos irlandeses habitar (si han de ser creídos los libros) en una pequeña casa encalada metida en un rincón del valle según se va al este por el camino, y hay que decir que esa es la explicación de por qué no tuve una bonita morada cuando llegué a este mundo, sino en honor a la verdad más bien lo contrario. Y por si no fuera bastante lo pobre de la casa, esta estaba pegada a una mole de roca sobre un peligroso desnivel (aunque había un excelente paraje sin ocupar un poco más abajo en el mismo valle), y si cruzabas la puerta sin prestar mucha atención a dónde ponías los pies, inmediatamente te encontrabas en trance de muerte debido a lo abrupto del terreno.

Nuestra casa consistía en una sola habitación, manojos de juncos por tejado arriba sobre nosotros, y juncos también haciendo las veces de camas en el fondo de la casa. A la puesta de sol se extendían los lechos de juncos por todo el suelo, y la familia en pleno se echaba a descansar encima. Allí un lecho con cerdos. Aquí otro con personas. Otro lecho mayor, con una vaca entrada en años y flaca, durmiendo despatarrada sobre su flanco izquierdo

y tal vendaval de respiración saliendo de ella que levantaba una tempestad en el centro de la casa; gallinas y gatitos acurrucados al socaire de su barriga. Otro lecho, junto al fuego, en el que estaba yo.

Sí, la gente vivía pobremente en la época de mi niñez, y aquel que tenía muchos bienes y ganado, por la noche no tenía espacio para sí mismo en su propia casa. Ay, así ha sido siempre. A menudo oía referir al Viejo Canoso las penalidades y miserias de la vida de antaño.

—Hubo un tiempo —decía— en el que yo tenía dos vacas, un caballo de tiro y otro de carreras, ovejas, cerdos y otras bestias menores. La casa era estrecha, y por vida mía que nos veíamos todos en un buen aprieto cuando llegaba la noche. Mi abuela dormía con las vacas, y yo dormía solo con el caballo, que se llamaba Charlie y era manso y dócil. Con mucha frecuencia estallaba una lucha entre las ovejas, y apenas me dejaban pegar ojo los balidos y bramidos que soltaban. Una noche mi abuela resultó lastimada y herida, y no se supo si las culpables eran las ovejas o las vacas, o si había sido mi abuela la que había empezado la pelea. Otra noche vino un caballero, un inspector de enseñanza que se había extraviado con la bruma del pantano y que había ido a parar a la entrada del valle.

Debía de estar buscando ayuda y hospedaje para la noche, y cuando vio lo que había que ver a la luz mortecina del fuego dejó escapar un largo grito de asombro y se quedó mirando fijamente a lo que había de puertas para adentro. Entonces preguntó:

—¿No es vergonzoso para su decoro yacer ahí en compañía de las bestias salvajes, todos ustedes

en un mismo lecho? ¿No es vergonzoso, impropio y deplorable el estado en el que se encuentran todos esta noche?

—Es verdad lo que dice —respondí al caballero—, pero tenga usted en cuenta que nada podemos hacer para evitar esa indigna circunstancia que ha mencionado. Hace un tiempo desapacible, y conviene que cada uno de nosotros esté a resguardo, ya sean dos o cuatro las patas que lo sostengan.

—Si es así —dijo el caballero—, ¿no le resultaría fácil construir un pequeño cobertizo al lado del redil, separado un buen trecho de la casa?

—Sí que sería fácil —dije yo. Sus palabras me llenaron de sorpresa, pues nunca antes había pensado en nada igual ni en ningún otro plan destinado a remediar la lamentable situación en la que estábamos, todos apelotonados en el fondo de la casa. A la mañana siguiente reuní a los vecinos y les expliqué en qué consistía exactamente la sugerencia del caballero. Alabaron la sugerencia, y antes de una semana habíamos construido un hermoso cobertizo en las proximidades de mi casa. Pero, ay, las cosas no son siempre como uno imagina. Cuando mi abuela, dos hermanos míos y yo mismo llevábamos dos noches en el cobertizo, estábamos tan helados y profundamente empapados que fue un milagro que no desapareciéramos para siempre; y no encontramos alivio hasta que regresamos a nuestra propia casa y estuvimos de nuevo confortablemente instalados entre el ganado. Así hemos estado desde entonces, de la misma forma que cualquier pobrecito irlandés a este lado del país. El Viejo Canoso contaba muchas historias como esa sobre los viejos tiempos, y de él recibí mucho

del sentido común y la sabiduría que ahora poseo. Sin embargo, por lo que se refiere a la casa en la que nací al principio de mi existencia, tenía una vista magnífica. Había en la casa dos ventanas, con una puerta en medio. Mirando por la ventana que estaba a la derecha, se podía ver el paisaje desnudo y hambriento de los Rosses y Gaoth Dobhair, Cnoc Fola más allá y Oileán Thoraigh al fondo flotando como un gran barco en lontananza allí donde se juntan el cielo y el mar. Desde la puerta podía verse el oeste del condado de Galway, una buena parte de las rocas de Connemara, y lejos en el mar la Gran Aran y las pequeñas casas blancas de Cill Rónáin, nítidas y claras si se tenía buena vista y era un día de verano. Desde la ventana de la izquierda podía verse la Gran Blasket desnuda e inhóspita como si fuera una terrible anguila sobrenatural mecida suavemente sobre la cresta de las olas. Más allá estaba Dingle, con sus casas todas apiñadas. Siempre se ha dicho que ninguna otra casa en Irlanda tiene una vista que pueda comparársele, y no hay ningún mal en reconocer como cierta tal afirmación. Nunca oí que hubiera otra casa tan bien situada en ningún otro sitio sobre la faz de la tierra. Era maravillosa, por tanto, aquella casa, y creo que nunca habrá otra como ella. Allí es, en cualquier caso, donde nací, y eso es algo que, para bien o para mal, no puede decirse de ninguna otra casa.³

³ Son estas, Donegal, Connemara y Kerry, las tres zonas de Irlanda donde mejor se han conservado las tradiciones gaélicas. Basta coger un mapa para comprobar que no es posible ver esas costas desde un mismo punto. (*N. del T.*)